

Fundación Juan March

poética y POESÍA

VICENTE VALERO

Madrid MMIX



Vicente Valero

PYP

Fundación Juan March

Madrid MMIX

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero
10. Aurora Luque
11. José Carlos Llop
12. Felipe Benítez Reyes
13. Jacobo Cortines
14. Vicente Gallego
15. Jaime Siles
16. Ana Rossetti
17. José Ramón Ripoll
18. Jesús Munárriz
19. Juan Antonio González-Iglesias
20. Pureza Canelo
21. Jordi Doce
22. Amalia Bautista
23. Vicente Valero

poética y POESÍA

24 y 26 de marzo de 2009
Edición al cuidado de Antonio Gallego
© Vicente Valero
© de esta edición Fundación Juan March
Edición no venal de 500 ejemplares

PRELUDIO PARA
VICENTE VALERO

Nacido en Ibiza en 1963, Vicente Valero completó sus estudios en Barcelona, viajó por el mundo y regresó a su isla natal, donde vive dedicado a la enseñanza y a la escritura. Como ensayista ha publicado *Experiencia y pobreza. Walter Benjamin en Ibiza, 1932-1933* (2001), que ha sido traducido al francés y al alemán, y *Viajeros contemporáneos* (2004). En 1988 había publicado un breve ensayo titulado *La poesía de Juan Ramón Jiménez*, poeta al que ha vuelto editando *La estación total con Las canciones de la nueva luz* (1994). Ha editado también *Paseo de aniversario y otros poemas, de Joan Vinyoli* (1997) y las *Cartas de la época de Ibiza, de Walter Benjamin* (2008). Es autor igualmente del libro de prosas *Diario de un acercamiento* (2008), preciosa guía para rastrear su poética, que luego aprovecharemos. Ha hecho crítica literaria para el diario *La Vanguardia* de Barcelona, y ensayos sobre arte para el Institut Valencià d'Art Modern (IVAM) y para el madrileño Museo Centro de Arte Reina Sofía.

Pero Vicente Valero es, sobre todo, poeta, uno de los más hondos y originales de su generación. Ha escrito poemas, tanto en verso como en prosa, a lo largo de más de un cuarto de siglo y ha publicado seis libros de poesía. Dos en la década de los ochenta del pasado siglo: *Jardín de la noche* (1986), y *Herencia y fábula* (1989), por el que fue finalista del Premio Adonais;

otros dos en la década de los noventa: *Teoría solar* (1992), V Premio Fundación Loewe a la Creación Joven, y *Vigilia en Cabo Sur* (1999); y dos más en lo que llevamos de siglo: *Libro de los trazados* (2005) y *Días del bosque* (2008), con el que obtuvo el Premio Internacional de Poesía de la Fundación Loewe.

Lo primero que advierte quien se acerca a la obra literaria de Vicente Valero, tanto a la poética como a la ensayística, es su clara conciencia de la insularidad, el «insularismo», o lo insulario, que de todas esas maneras e incluso de otras ha denominado Valero un hecho que marcó y sigue marcando su vida. E inmediatamente, como es lógico en una isla, quien le lee detecta su actitud atenta ante la naturaleza: cielo, tierra, agua (mar, lluvia, alguna vez nieve), árboles (almendros, higueras, algarrobos, olivos, pinos), bosques, nubes, sol, luna... Una naturaleza que el poeta no se limita a contemplar, sino por la cual pasea, camina, recorre; estamos ante un «poeta paseante»:

El poeta paseante será ya siempre un poeta abierto a lo desconocido, pues todo paseo implica divagación y hallazgo, también el paseo poético. La palabra recorre un espacio y necesita aprehender la mística del momento: camina con la luz, gracias a ella, pero sabe también asomarse a lo que permanece oscuro. La poética del paseo consiste en ese transitar de la palabra por el significado imprevisible del camino, en este hallar sin objetivo, en este ir y venir por la eterna divagación del

mundo y los sentidos, de la luz y las sombras.

Anotará también su asombro ante la luz, siempre cambiante, incluso las del misterio de la noche, que tantas veces contempla; observará su defensa de los sentidos como mecanismo aprehensor de la materia poética (en un discurso, por cierto, en el que sabe conjugar con maestría el lenguaje de la lógica e impregnarlo de sustancia lírica), y creo que con todo ello tendrá ya una buena y útil imagen para acercarse al poeta, a sus poemas. Falta decir, claro es, que el mar de su isla es el Mediterráneo, con todas sus fábulas como herencia, con toda su historia.

Porque en esta naturaleza abordada preferentemente por los sentidos, y con la conciencia trágica de su transitoriedad, de su fragilidad ante la acción del hombre (y no sólo del turista, del promotor de apartamentos, del vendedor de souvenirs), hay colores, y luz, mucha luz, pero también hay sonidos, por supuesto. Sólo hace falta oírlos. «¿Cuáles eran los sonidos de una isla?», se pregunta en *Diario de un acercamiento*:

Los oleajes nocturnos, las sirenas de los barcos, el lamento de aquellos que quisieron marcharse alguna vez y no lo hicieron nunca. Y, por supuesto, las cigarras.

Hay también pájaros, muchos pájaros (cucos, petirrojos, estorninos, jilgueros), y hojas secas en el bosque, y vientos y brisas, pero está sobre todo el mar. El mar

durante el día, ante el que se colocan «Los que mejor escuchan»:

En las playas el mar tiene su propia música. La orilla es su instrumento. Por eso sólo los niños, los viejos y los enamorados parecen saber apreciarla de verdad, se sientan a escucharla.

Y el mar en la penumbra, con su intensa «Vida nocturna»:

Las playas de la noche: arena oscura y fría, la música mejor del mar, cuerpos ocultos, solitarios, entre las dunas. Muchas veces, entre sombras y murmullos, tiembla la luz de un cigarrillo.

En definitiva, y sin agotar ese rico venero del *Diario de un acercamiento* que vengo asediando, he aquí el magnífico resumen que bajo el título de «Símil» ha escogido el autor como «Poética» en la reciente antología de Francisco Gálvez *Los círculos del aire. Antología de la poesía española contemporánea del paisaje y la naturaleza* (2008):

La poesía ha sido siempre respecto de la literatura lo que tradicionalmente ha sido una isla respecto del continente. Un lugar más salvaje, más auténtico. (...) Alguien dijo una vez allí: «He aprendido mis canciones de la música de muchos pájaros y de la música de muchas aguas».

Es hora de acercarnos, con este bagaje, a los poemas de Valero. Su primer libro, *Jardín de la noche*, es un poemario repleto de sonoridades culturalistas (¡hasta unas góndolas navegan allí en otoño!) en el que la admiración por los novísimos es bien patente. Allí cerca, desde 1978, residía ya su amigo Antonio Colinas, pero la personalidad del joven poeta ibicenco es bien patente, y sus referencias suelen ser variadas y complejas: sus múltiples poemas nocturnos por ejemplo, con tantas músicas ligadas al sueño o al ensueño, a mí me conducen hasta Aleixandre, a sus poemas de regusto nocturnal; pero lo que ahora se rememoraría no son tanto las noches brillantes de la alta sociedad evocadas críticamente en «El Vals», de *Espadas como labios* (1932), o en «Bomba en la ópera» de *En un vasto dominio* (1962), sino los nocturnos ante la naturaleza: «Noche sinfónica» de *La destrucción o el amor* (1935), «Guitarra o luna» de *Mundo a solas* (1950)... En «Noche sinfónica», Aleixandre nos dijo que «La música... / acaso busca la forma de dar al sueño cierto sabor azul». En el poema IX de su primer libro Valero nos cuenta:

Despertaré en tus sueños una noche.
—Acaso arda una música en tu pecho
cuando descubras toda mi conciencia—.
Despertaré en tus sueños y algo ebrio
susurraré tu nombre
y buscaré
un espacio en el sur, en tu hermosura,

una fuente en el mar, todas las noches,
la quietud en el ritmo de sus signos.

Otro poeta que le gusta es Claudio Rodríguez, y en el amplio poema XII, dividido hasta en once episodios bajo el rótulo de «la ebriedad encendida», podemos leer: «Hay un lecho de estrellas en la música / del sueño que crepita en las hogueras.» O bien: «Cuando el ámbito ceda y esta música / nocturnas entre las brasas no sosiegue / el temor». O bien, en el penúltimo:

Qué ulular de las luces tan hermoso,
aquel canto dulcísimo en las aguas,
que seduce y anega mis sentidos.
Siembra un fuego la música que esparces
las islas de la noche entre los juncos

O bien en el último de los episodios:

Más allá de las aguas, en las fuentes
de la luz, donde usurpa la ebriedad
la razón de los círculos oscuros,
más allá, con la música que horada
el secreto profundo de las islas,
vamos, nada demude el fuego limpio
que respiran las olas esta noche.
No descubran tus ojos las escarchas.

Es, ya lo escuchamos, un poemario transido de música, un don de la ebriedad acotando gozoso el territorio

rio nativo. Como todo primer libro de poeta exigente consigo mismo, su autor sigue citándolo pero no espiga en él ninguno de sus poemas: tampoco lo ha hecho esta vez en la antología que ofrecemos con motivo de su presencia en esta serie. Pero no ha podido olvidarlos. En el séptimo episodio del amplio poema «La subida», el primero de los cinco que conforman el *Libro de los trazados*, diez años después recuerda:

También aquí en su noche
hay flores amarillas. (Me pregunto
qué música era aquella
que crecía en los sueños muchas veces,
se entregaba en abril, cuando el cerezo
era una pura luz, iluminaba.)
También aquí en su noche
hay pájaros despiertos que vigilan
a oscuras mi cansancio.

No hay música apenas en el segundo libro, *Herencia y fábula*, en el que el poeta se sitúa ante la historia y los mitos, tratando de encontrar «su patria derramada / entre olivos, cisternas y viñedos, / sobre la amarga piedra del sarcófago.» Como en la «Cisterna romana» de Can Sorà, el agua se ha evaporado, y la cal salobre, la piedra antigua, el fruto calcinado convierten el panorama en una suerte de bajorrelieve escultórico en el que el paso del tiempo hubiera borrado cualquier vestigio de la antigua pintura, de la vieja música de los mitos. Apenas una fugaz alusión al de Orfeo («Ni la más sabia música

de Orfeo / hubiera resistido a la violencia / del silbido fatal de la serpiente», nos cuenta en «Un momento de reposo para los Argonautas»; apenas el canto del grillo resuena en poema como «Unidad», donde sin embargo se ensayan nuevas y dulcísimas palabras compuestas: «labiomar», «mujerfuente», «oroazul», «lunlabios», que están música pidiendo; pero no la obtienen, y es que, como nos dice en «La lentitud de las islas», aquella naturaleza es sólo un accidente, «sólo azar despoblado, / sólo sonido duro entre peñascos / y pinos y animales y obediencia, / sólo pureza, todo creación / suprema, inexcrutable, nunca vista»... Tampoco de este libro escoge poema alguno en la antología que ahora le editamos.

En su tercer libro (a efectos de la mencionada antología, su opus 1), *Teoría solar*, el poeta vuelve a abrir sus oídos poco a poco, tanto a los de la naturaleza como a los del hombre. Los poemas ya no narran cosas, sino que exponen y expresan. (También empiezan a aparecer palabras importantes subrayadas en cursiva, un recurso que tensiona el poema). Es ahora, precisamente, cuando la imagen del pájaro cantor comienza a poblar su poesía: «Ah, pájaro. La luna, los almendros, el mar, (...) / Canta, canta. (La noche se abre para nosotros).», dice en el poema IV. «Ah, pájaro. Tú sí que sabes ver, a solas, / girar, encaramarte, cantar a media luz...», afirma en el poema XVIII, que termina así:

Era como asomarse a lo más hondo nuestro.

Pájaros, cicatrices, astros... (A media luz.)
Bebimos. Y la noche era una voz, ardía.
¿Y si esta fuente fuera la fuente verdadera?

Más importante aún que los marineros que cantan desafinados y maldicientes en el puerto durante la dura noche invernal, es la metáfora musical en el poema titulado «(pintura)», donde leemos, en la apoteosis sobre lo blanco que analiza un cuadro de Rafael Tur Costa:

Lo que se ve: blanco roto, blanco de texturas insulares,
blanco rugoso y blanco geométrico. Blanco abierto
por el pecho una tarde de octubre. Blanco sobre blan-
co: música. Más blanco.

Su cuarto libro, *Vigilia en Cabo Sur*, insiste en la naturaleza, descubre asombrado que el hombre, que el poeta mismo y su yo lírico es también naturaleza; y la imagen del bosque cercano al mar emerge ya poderosa mientras el poeta paseante y su alter ego lo recorren en «Volver»:

Vimos que el tiempo es todo lo que vemos,
que todo lo que vemos se parece,
y un bosque junto al mar no es solamente un bosque,
es música también –y casa propia,
y herida penetrante y muy espesa...–

Hay también en ese bosque, naturalmente, algún que otro pájaro, al que el poeta se dirige: «Eh, tú, pája-

ro de este lugar, sigue cantando o muéstranos para siempre el camino exacto y sin salida de nuestras quemaduras». Un poeta que se nos muestra silbando por el bosque, o incluso bailando una danza, mientras busca, ¿qué?, palabras, porque «dan vueltas en lo oscuro», «dan vueltas y más vueltas», «tropiezan, se confunden»...

Si en alguna ocasión Valero ha afirmado que «la inspiración es, inicialmente, sólo una aventura musical», su poemario más «inspirado» es sin duda el Libro de los trazados, su quinto libro, que rezuma música por todas sus páginas. En el amplio poema inicial, «La subida», que ya cité antes, oímos también junto a las músicas del sueño la música del mar, el canto entre la yerba, las músicas que cantaron Keats o Shelley... En el titulado «Taller de paisajistas» volvemos a encontrar el color hecho música («En su fluir está la música / silenciosa del sol»). En el titulado «Curva en el camino del bosque» el poeta nos hace oír «aquella música imposible / del cielo que escuchamos hasta el fin», pero también la sorprendente música del dolor (que cantara hace tiempo el también dolorido Carlos Bousoño):

Todo el dolor que yo ahora sé
siempre conmigo, espera
con sus ramas nocturnas, con su música
llena de cavidades, de promesas;

o la no menos sorprendente música de la muerte. Y qué decir ante el cuarto conjunto de poemas, «Voces para una danza infinita», dedicado a Juan Carlos Marset y

acogido a las músicas de Arvo Pärt, en el que explosiona uno de los poemas más explícitos de todo el fin de siglo español, aquel que comienza: «El alma es sólo lo que vemos cuando suena la música», una suerte de danza sin fin... Lo resume muy bien en el poema final de la serie, que aparece en nuestra publicación con un título, «Travesía», del que carece el original:

Hablo del tiempo en que saldremos a la calle para oír
el murmullo del agua de la vida,
la extraña música que bebimos en el dolor y en la sombra,
su gracia que se aleja de nosotros y no vuelve.

En su último libro, *Días del bosque*, Valero prosigue el caminar por el interior de su isla (por el interior de sí mismo, en realidad), y oímos de nuevo cómo escucha al mirlo, al jilguero y su escuela musical, al zorzal, a los pájaros de octubre... Y la música de las hojas secas, tañidas por los pies del poeta en su recorrido. En el poema final, «Discurso en verso», tras la minuciosa glosa de las 24 «Declaraciones» a los 24 «Poemas» iniciales, exclama y resume:

(...) Más allá,
sólo el aire o la música esperada del día,
semillas transparentes,
la materia sin fin de nuestro bosque:
el secreto diáfano
de su transpiración.

A.G.

VICENTE VALERO
Prosa para evocar la ráfaga

I

Permítanme que empiece sugiriéndoles la posibilidad de la poesía como un fenómeno principalmente de carácter físico. He sido siempre esquivo a los discursos teóricos, no soy un filósofo, y cuanto yo pueda decir sobre la naturaleza de la poesía sólo podrá guardar alguna relación, me parece, con las sensaciones que mi propio cuerpo ha llegado a experimentar a su paso o, para ser más preciso, con su recuerdo vivo y constante, así como con la expectativa siempre latente aunque frágil de su proximidad. Por supuesto, yo también conozco muchas definiciones de poesía, algunas más satisfactorias que otras, he subrayado frases de muchos libros y he anotado pensamientos de muchos poetas, hasta el punto de que podría seguramente construir sin demasiada dificultad una poética ajena y propia a la vez, un discurso asumido a partir de muchos fragmentos en los que me reconozco. Invocaré también a mis santos cuando la ocasión lo requiera, es decir, cuando necesite de su auxilio.

Todo esto tiene que ver, pueden creerme, no tanto con la necesidad que ahora mismo siento de eludir un discurso teórico sobre el arte de la poesía como con el hecho de que para mí, por encima de cualquier otra cosa, la poesía es un estado. Qué clase de estado tampoco podría definirlo, pues tampoco soy psicólogo, más bien sólo el sujeto pasivo, el paciente que sólo podría, des-

cribiendo vagamente los síntomas, ahondar en su auto-complacencia, el paciente solitario y agradecido. No pienso en mis libros ni en los libros de nadie cuando me dispongo a hablar de la poesía. Sencillamente me viene el recuerdo de aquel estado. Y ya sólo me siento capaz de evocar una ráfaga.

El poeta, decía Thoreau, «escribe la historia de su cuerpo». Esto es verdad primeramente porque la poesía afecta de un modo peculiar a todos los sentidos. Podríamos hablar, sí, de una hipersensibilidad —en ocasiones agudizada por la gracia de la sinestesia—, pero de una hipersensibilidad que favorece o propicia sobre todo el conocimiento de los propios sentidos. De tal manera que el poeta es aquel que se ocupa de las posibilidades de su vista o de su oído, pero también de su olfato, de su tacto o de su gusto, siempre en su máxima extensión, sumergiéndose plenamente en la realidad.

Bien está que ahora diga que me encuentro entre los que creen que no existe una única realidad y que, por tanto, crea también que la poesía ofrece la capacidad de asomarse a territorios que imaginamos situados más allá de las apariencias. Nunca me ha parecido que hubiera nada esotérico en todo esto, aunque, como ustedes saben, no han faltado tampoco poetas que han instalado su campamento base en el lado oscuro, entre los cuales, por cierto, hay algunos muy destacados y a los que he visitado con frecuencia. Yo me refiero a algo que tiene que ver no sólo con nuestras aspiraciones me-

tafísicas sino también con nuestras sensaciones corporales. Tan plenamente se sumerge el poeta en la realidad física que consigue percibir sus límites, sus fronteras desconocidas.

La poesía es un estado en el que se privilegia la percepción. No es, claro está, un estado vitalicio, como tanto le gustaba recordar a Claudio Rodríguez, sino una oportunidad que confiamos siempre en que se vuelva a repetir –sin duda porque sentimos que su trastorno, mayor o menor, ha resultado favorable o necesario para nosotros en muchos aspectos–. Durante este proceso se da una experiencia singular, apenas comparable con nada, en la que se concibe la percepción misma como un decir. Las palabras, como los poros de nuestro cuerpo, se abren para recibir algo nuevo. Las palabras actúan entonces como un sentido más de nuestro cuerpo, se vuelven hipersensibles. Llamar connotación a esto es simplificar un proceso que, por lo demás, no afecta sólo al lenguaje.

He dicho que el conocimiento que este estado nos proporciona tiene que ver sobre todo con los sentidos que al mismo tiempo lo han propiciado. Diría más: la poesía habla solamente de esto, es decir, de lo que han logrado alcanzar nuestros sentidos en su máxima extensión. Esta es la razón por la que sentimos también que un poema es la culminación de un acercamiento. Nada más. Y nada menos, porque siendo sólo una

aproximación, resulta que también lo concebimos como una cima. Nuestras insatisfacciones como creadores tienen su base en esta curiosa paradoja.

A qué nos acercamos con la poesía, qué territorio nuevo se abre con las palabras del poema: tal vez estas preguntas debieran constituir la base de nuestra poética. Sin embargo, considero que la poesía no es un saber, como pueda serlo la filosofía, ni tampoco un poder, como pudieran serlo las artes mágicas o religiosas. Con ambas la poesía sólo guarda una lejana y ya casi olvidada relación primitiva. De ahí que el poeta, ni sabio ni poderoso, sólo pueda ofrecer incursiones intuitivas sobre lo verdadero, pero incursiones que, como ráfagas, apuntan hacia el significado de la belleza en la realidad. La poesía es una interrogación permanente, el idioma de nuestra perplejidad.

En su desvalimiento, el poeta no se cansa sin embargo de anunciar. Como guardián de su propio acercamiento, rehace una y otra vez el camino de la percepción, lo ofrece como anuncio constante de la verdad que no logrará abrazar nunca. No sólo no se aleja nunca de la realidad en la que está inmerso, sino que profundiza en ella, excava con los instrumentos de la imaginación, descubre sus lodos irreales. Sin la imaginación nunca conseguiríamos avanzar, de tal modo que la realidad sólo sería una barrera, nunca la frontera multiforme a la que nos asomamos, nunca el camino hacia lo nuevo.

El poeta es también el primer estudioso del idioma.

Cuando vive su estado poético, percibe el lenguaje, su propio lenguaje, como un cuerpo transparente y fluido, como una emanación de los sentidos. El poema no puede ser, por tanto, una mera transcripción de la experiencia, sino una nueva experiencia independiente, que puede absorber, transformar, sintetizar o ampliar cualquier otra experiencia previa de referencia. La realidad en la que está inmerso ahora es una realidad de lenguaje. Y esta realidad, además de estar vinculada por su propia naturaleza a la imaginación, contiene necesariamente la memoria, como un río de palabras oscuras, siempre presente. El poeta es también, por tanto, aquel que siempre recuerda, un recordador infatigable.

Intento describir solamente, desde el recuerdo, algunas experiencias que se dan durante el acto poético. Hablo de un don, no de un trabajo. La poesía no es un hacer, no es trabajar, al menos tal como entendemos esta palabra normalmente. El oficio del poeta consiste en esperar. No es fácil comprenderlo, sobre todo si no estamos dispuestos a aceptar que todo poema es también el resultado de una serie de factores irracionales. El poema no es una oportuna crónica de sociedad o un ejercicio concreto de autoanálisis, es el fragmento de un discurso interrumpido de cuya naturaleza nunca llegamos a saber gran cosa. En realidad, de cada uno de nuestros poemas sólo somos capaces de decir con seguridad que ha sido esperado durante largo tiempo. Ha

surgido como afirmación de nuestra espera, como expresión fragmentaria de nuestro acercamiento.

La espera es el estado que vincula a la poesía con una forma de vida. «Para escribir un solo verso –permítanme ahora que les recuerde aquellas célebres palabras que escribió Rilke– es necesario haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; hace falta conocer a los animales, hay qué sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las pequeñas flores al abrirse por la mañana. Es necesario poder pensar en caminos de regiones desconocidas, en encuentros inesperados, en despedidas que hacía tiempo se veían llegar; en días de infancia cuyo misterio no está aún aclarado; en los padres a los que se mortificaba cuando traían una alegría que no se comprendía (era una alegría para otro); en enfermedades de infancia que comienzan tan singularmente, con tan profundas y graves transformaciones; en días transcurridos en las habitaciones tranquilas y recogidas, en mañanas a la orilla del mar, en la mar misma, en mares, en noches de viaje que temblaban muy alto y volaban con todas las estrellas –y no es suficiente incluso saber pensar en todo esto. Es necesario tener recuerdos de muchas noches de amor, en las que ninguna se parece a la otra, de gritos de parturientas, y de leves, blancas, durmientes mujeres que acaban de parir, que se cierran. Es necesario aún haber estado al lado de los moribundos, haber permanecido sentado junto a los muertos, en la habitación, con la ventana abierta y

los ruidos que vienen a golpes. Y tampoco basta tener recuerdos. Es necesario saber olvidarlos cuando son muchos, y hay que tener la paciencia de esperar que vuelvan. Pues los recuerdos mismos no son aún esto. Hasta que no se convierten en nosotros, sangre, mirada, gesto, cuando ya no tienen nombre y no se les distingue de nosotros mismos, hasta entonces no puede suceder que en una hora muy rara, del centro de ellos se eleve la primera palabra de un verso». Cada poeta podrá añadir a esta precisa lista de Rilke su propia vivencia de esperar, su cúmulo de percepciones, de ideas y experiencias con que la espera ha ido enriqueciéndose, de manera consciente o inconsciente, hasta llegar a ser un verdadero modo de vida.

Creo en la poesía como estado de conciencia y como fenómeno que afecta a nuestros sentidos de un modo peculiar, es decir, a nuestro sistema de percepción. Creo en la poesía como acercamiento a una realidad plena, es decir, con sus apariencias y más allá de sus apariencias. Como una forma de esperar y, por qué no decirlo, como acto de fe. Sobre todo como acto de fe en las palabras. Y creo también en la inspiración, en su música –pues eso es sobre todo la inspiración, un acontecimiento rítmico, una epifanía musical incomprensible–, que celebra, entre el dolor y la alegría, los caminos de nuestra perplejidad. No volveré a pedir disculpas por todo ello. Por lo demás, como dijo René Char, cuando se es poeta, hay que aceptar también ser ingenuo.

Pero he de decir también que no me hago ilusiones acerca del conocimiento que podamos llegar a alcanzar mediante la poesía. Siempre me ha parecido que la poesía, más que hablar en nombre de alguna verdad, lo que hace es invitar a recorrer un camino que se nos revela como verdadero. Su capacidad para desvelar aspectos desconocidos u oscuros de nuestra realidad cotidiana es indudable. El cuerpo flexible, simbólico, hipersensible de la palabra poética nos permite descubrir territorios nuevos, convierte en visibles aspectos que permanecían invisibles, de tal modo que podemos llegar a afirmar que las palabras del poema consiguen decir aquello que no existiría si las palabras del poema no lo hubieran nombrado. Esta es la otra realidad que tan necesaria se nos ha vuelto para comprender la realidad misma.

La poesía ensancha nuestra conciencia de las cosas. Aprendí mejor a conocer el mar leyendo a Seferis. Aprendí mejor lo que era una ciudad leyendo a Vallejo. Conocí mejor los territorios de la soledad individual leyendo a Cernuda. Etcétera. Pero la poesía no nos ofrece una verdad sobre las cosas, sino una manera singular de acercarnos a ellas, de contemplarlas desde diferentes perspectivas y, sobre todo, de vincularlas a nuestra vida. Por tanto, el conocimiento que nos proporciona la poesía tiene que ver, me parece, con las formas más que con el fundamento de la realidad. Y muy especialmente con nuestra vivencia profunda de estas formas, es de-

cir, con nuestra relación constante y determinante, interior, con los objetos de este mundo.

La poesía no especula, nos conduce hasta las cosas para celebrarlas o para convertirlas en nuevas partes de nuestra conciencia, de nuestro cuerpo, en una extensión de nosotros mismos. Así vamos ocupando el mundo con nuestras palabras o permitimos que el mundo penetre en nosotros, como la humedad de la noche, con su dolor y su belleza. Seres sin convicciones, los poetas ofrecen su cuerpo permeable al río de la vida y de la muerte, aman la profundidad de este río, su sonoro curso interminable. Aprenden de su misterio más que de las pocas certezas dúctiles y navegables. La poesía puede ser entonces una conversación emocionada con este misterio.

Siempre he tenido la impresión de que con la poesía también dialogamos con nuestras carencias. Aquello que desconocemos o que nos sobrepasa se erige con frecuencia en objeto de nuestra mirada poética. Sentimos con emoción todo lo que no sabemos, nos aproximamos a tientas a lo que no tiene forma. El misterio es una segunda piel en el cuerpo del mundo y el poeta nos lo recuerda una y otra vez, invitándonos a celebrar su naturaleza. La poesía existe porque el hombre ha sido capaz de admirar lo que desconoce. Podemos expresarlo así, incluso sin remordimiento por haber llegado a conocer tantas cosas, a saber tal vez demasiado. Y podríamos decir también, parafraseando a Thoreau, que,

a diferencia del filósofo o el científico, que penetran en lo desconocido como hábiles militares romanos para establecer allí sus colonias, el poeta hace rápidas y precisas incursiones, como un jinete parto, para volver a desaparecer, mientras continúa disparando.

Sí, la poesía se ocupa entonces de lo espiritual, se hace lengua única que aspira a nombrar con sus palabras otros nuevos territorios interiores. Tal vez por este motivo, algunos poetas, como Juan Ramón Jiménez, y más recientemente Antonio Gamoneda, han insistido en separar la poesía de la literatura. Algo parecido quiso decir Paul Valéry, me parece, cuando afirmó que «la poesía es a la novela lo que el sonido al ruido». Y todos ellos no han hecho más que lo que ya hicieron de un modo más radical aún Fray Luis de León o San Juan de la Cruz, es decir, privilegiar el lenguaje poético por encima de cualquier otro como idioma del espíritu, como diálogo posible con lo trascendente, sin duda por su capacidad de simbolismo y sus niveles de abstracción. La poesía entonces se serviría de la literatura para dar un paso más allá, para convertirse en súplica u oración, en diálogo espiritual –aquello para lo cual ninguna teoría de la literatura sabría dar razón suficiente–, para establecer, en definitiva, puentes con lo inefable.

En realidad, nada hay inefable, sin embargo, para la poesía. Más bien, podríamos decir que la poesía es el lenguaje que lucha para defenderse de lo inefable, es

una especie de remedio frente a lo que no tiene explicación, nos protege de lo que no puede ser dicho o comprendido. Debemos suponer que si la experiencia mística ha recurrido en ocasiones al lenguaje poético ha sido precisamente porque ningún otro lenguaje le permitía un acercamiento tan puro. Lo que solemos llamar, de una manera vaga e imprecisa, espiritual, se encuentra también en el fondo mismo de las palabras, lo percibimos como una manifestación inspirada del lenguaje, como una ocasión única para contemplar a través de él la realidad que, desde su plenitud, nos sobrepasa.

La poesía, como lengua de símbolos, nos permite contemplar y nombrar los objetos en su dimensión más amplia, aumentar el significado y la transparencia de su forma, trascenderlos. Es así como la poesía, puede decirse también, se convierte en un espacio donde lo real y lo espiritual aparecen fundidos, se perciben como una unidad. La palabra 'luz', en un poema de, por ejemplo, Odisseus Elytis o Eugenio Montale, nombra esta unidad indisoluble, no puede entenderse de otra manera; como realidad solar, visible, y como realidad espiritual, fuente interior fecunda. (En el poeta místico, sin embargo, esta unidad no se da nunca completamente, la arquitectura de la propia alegoría parece impedirlo. Como tampoco se da en aquellos poetas que se dicen 'realistas', que entienden la realidad como una ausencia de connotación, como un plano uniforme y limitado por su experiencia inmediata.)

Aquella unidad de sentido, que es también unidad de percepción, provoca una tensión en el discurso, lo transforma en un cuerpo abierto y transparente, en un mensaje distinto, creador, que nos propone una vía de conocimiento, una manera de acceder a un significado más profundo de las cosas. La palabra poética es entonces revelación, signo que viene, se diría, para iluminar más que para definir, ráfaga transformadora, vivencia plena y comunión, imagen plena.

Creo que fue Vicente Alexandre quien dijo que la poesía era siempre y sobre todo una manera simbólica de ver la realidad, pero que había muchos grados de simbolismo, y que, en razón de su grado, había poemas más simbólicos y otros que lo eran menos. Por su parte, Wallace Stevens se refirió a la posibilidad de que en determinadas épocas históricas las palabras hubieran sido, fueran o pudieran llegar a ser más simbólicas o menos, de manera que su grado en el poema ya no sólo sería una cuestión individual de los poetas, sino también social, una circunstancia histórica.

En todos los casos, la poesía siempre exige una participación, lo que la hace fecunda en muchos modos diferentes. Y de la misma manera que no existe por parte del creador una voluntad firme de convertir sus palabras en objetos más o menos simbólicos —ya que el poeta pocas veces domina esta cuestión, se deja llevar más bien, es el receptor de sus propias palabras—, tampoco el lector parece obligado a nada en este sentido,

encontrará su poema y lo vivirá, también como receptor, con la intensidad simbólica que quiera o pueda.

Que las palabras de un poema dicen siempre más de lo que parecen decir es una pequeña certeza que, sin embargo, los lectores no han abandonado nunca, y su esperanza en la poesía reside sobre todo en este carácter revelador de la palabra. Ya sólo por eso, considero que la poesía es, por supuesto, útil. Lo es por muchas otras razones. Porque ofrece la posibilidad, por ejemplo, de conocer más ampliamente la extensión de nuestra lengua, que es lo mismo que decir que nos ayuda a pensar de una forma menos estrecha y constreñida. O porque nos sugiere una vida distinta de las cosas, un palpito nuevo de la realidad cotidiana. O porque nos invita a mirar y a ver en la oscuridad, a mirar de frente el dolor, a encontrar belleza o amor en los caminos más difíciles.

II

Me permitirán ahora que les diga que, mientras hacía estas digresiones, no he podido dejar de pensar en aquel joven que empezó a escribir poesía hace ya 25 años, y muy especialmente en aquellas noches febriles, cuando las palabras fluían de un modo completamente nuevo para él. Y aunque de aquellos primeros poemas ya sólo guardo un vago recuerdo, todo lo que llevo dicho hasta ahora, sin embargo, podría decirse que únicamente ha intentado ser una descripción razonada de

aquellas primeras experiencias que fueron también, por supuesto, un raro descubrimiento.

Lo que descubrí fue que la poesía no era, como tal vez yo había pensado hasta entonces, solamente un ejercicio intelectual. Era sobre todo un estado que traía consigo múltiples implicaciones. De algunas de estas implicaciones, digamos físicas, que conciernen sobre todo a los sentidos, me he permitido hablarles de un modo un tanto impreciso. La poesía me ayudó a conocerme un poco más, a ser un poco más consciente de mis posibilidades de percepción, a dialogar con mis propias carencias, a aproximarme a lo que no comprendía, a sentir la realidad como un organismo vivo que me interrogaba. Empecé a necesitar las palabras de la poesía para mirar de nuevo todo lo que ya había visto, con la esperanza de que esta nueva mirada pudiera ofrecerme un sentido de la realidad y, por qué no decirlo, también un sentido a mi propia vida.

Vivía entonces solo, en una habitación alquilada en una céntrica calle de Barcelona, era estudiante en la Universidad, y estaba lejos de casa. La verdad es que me sentía un extraño en todas partes, fuera de mi mundo propio —aquel mundo insular tan reducido—, pero empezando a tomar conciencia plena de lo que había significado éste hasta entonces para mí. Sentí con extrañeza también aquel mundo propio, empecé a conocerlo mejor desde la ausencia. Comprendí por primera vez qué significaba la insularidad. Hasta que

uno no sale de una isla no sabe qué es una isla.

Me han preguntado muchas veces en qué medida la insularidad determina la obra de un artista y, en particular, en qué medida ha influido en mis poemas. Hace poco respondí lo siguiente: «Lo único que yo me atrevo a decir sobre este asunto es que en una isla, efectivamente, la naturaleza se expresa de una manera exagerada, todos los elementos disputan por los límites. De hecho, en sí misma, una isla es un acontecimiento prodigioso de la naturaleza, sólo comparable a los desiertos y a las más altas montañas. El artista insular se convierte en el intérprete de esa exageración, de esos límites. Los colores y los aromas, el sol, las noches, el mar: todo se entrega como una inundación, como una enorme y violenta ola. El artista no escapa a la ola, pero tampoco se deja arrastrar por ella hasta la orilla: cuando la ve llegar, se lanza de cabeza en su interior, la traspasa. Su cuerpo bañado de este modo por la ola es el único *tema*».

Puede que estas palabras no dieran una respuesta a la pregunta, pero sí explican, me parece, por qué mis poemas son como son y no de otra manera. Desde mi primer libro, *Jardín de la noche*, escrito desde la soledad y la añoranza de mis primeros años en Barcelona, expresión de mi descubrimiento de la poesía como lenguaje capaz de revelar —de revelarme a mí mismo— los espacios íntimos y el sentido de la ausencia, mis poemas apuntan siempre hacia esa ola que sólo puede ser traspasada.

Ciertamente, la insularidad es una experiencia singular de la naturaleza. Como ya he dicho, el mar, el sol, la noche o el viento son percibidos de una manera extrema, al tiempo que forman parte de la cotidianidad. No sólo están ahí –como lo están en cualquier otro lugar–, sino que están también en nuestros cuerpos, los llevamos pegados en la piel, han moldeado lentamente nuestra visión del mundo y han dado forma a nuestra memoria. No han sido nunca un paisaje para el isleño, lo son para el turista, que se sienta a mirarlos.

En mi memoria no hay paisajes, sólo existe la quemadura del sol en las días interminables de verano, la sal pegada a mi cuerpo, el calor de los pinos, la humedad de la noche. Es una memoria de barcos, de playas destruidas en invierno, de bosques llenos de viento y de pájaros, de salitre en las paredes de mi habitación. Recorro caminos que se hunden en valles cerrados, donde crece la amapola y el asfódelo. No es un mundo idílico, no es un *locus amoenus*, aunque la presencia del extranjero y de *los días azules de la infancia* puedan sugerirlo. La poesía me ayudó a ver belleza en este mundo, una belleza que parecía emanar de un dolor antiguo.

En mi segundo libro, *Herencia y fábula*, la memoria se adentra en lo que podríamos denominar su más allá. Si en *Jardín de la noche* descubría, desde la distancia, el significado de mi insularidad, en *Herencia y fábula*, escrito entre Barcelona, Ibiza y Grecia, la insularidad to-

maba conciencia de su espacio histórico y mítico: el Mediterráneo. Es la época no sólo de mi inmersión en Homero y en los filósofos presocráticos, sino también de mis lecturas de los poetas griegos del siglo XX, sobre todo de Seferis y Elytis, en los que creí reconocerme con mayor intensidad que en los poetas de la tradición española. La naturaleza y la historia están siempre, en los poemas de *Herencia y fábula*, unidas.

Pessoa dijo una vez que no deberíamos escribir ni un solo poema en el que no se notara que Homero había existido. Descubrí que Juan Gil-Albert había sido un fiel seguidor de esta premisa: «Si Homero dice vino / sé qué es vino...». Y no era el único: Carles Riba, Marià Villangómez... Y otros que conocí más tarde: Ilhan Berk, Salvatore Quasimodo. Etcétera. Por otra parte, como dijo también Thoreau: «El poeta de hoy en día, pese a todos los descubrimientos científicos y la sabiduría acumulada por la humanidad, no disfruta de ninguna ventaja alguna sobre Homero». Y vi que esto también era verdad.

Hablar, sin embargo, de una «poesía mediterránea» puede resultar, me parece, demasiado impreciso. Yo me refiero más bien al hecho de que, dentro de ésta, existe un tipo de poesía consciente e indagadora de su mediterraneidad. En ella la naturaleza lo invade todo, pero casi siempre sometida a la memoria individual y colectiva, es decir, a la memoria del sujeto y a la memoria de los pueblos. Una poesía que nos aproxima al conoci-

miento de una naturaleza que no es independiente de la cultura. Y este tipo de poesía se diría que sobreviene como fatalidad, nunca por voluntad propia, es decir, cumpliéndose de este modo el aserto de Pessoa. No me parece extraño, ahora, que el sujeto poético adoptara con frecuencia en *Herencia y fábula* la forma plural, contemplara el mundo y se adentrara en él desde un nosotros.

En el Mediterráneo, la naturaleza está llena de huellas y son estas huellas antiguas las que humanizan el paisaje, las que nos devuelven no sólo a nuestra infancia sino a un pasado, histórico pero también mítico, en el que nos sentimos, de una manera un tanto extraña si quieren, como en casa. Esta identificación se encontraba en el núcleo de *Herencia y fábula*. La poesía me abrió una puerta de percepción hacia un pasado que sentía como parte de mí mismo. Me enseñaba los caminos y las huellas de una naturaleza familiar, que había recorrido una y otra vez desde niño, pero que al mismo tiempo transparentaban un universo emocionado, antiguo, lleno de signos. El libro se abrió con el siguiente poema:

CONOCIMIENTO

Si lo que un hombre quiere es conocerse,
la tierra roja mire, el mar brumoso.
Con sol y barro ha germinado el surco,
urdido sin descanso por la vida.

Arda su corazón entre los símbolos,
acaso nunca escritos, pero firmes
en el lento fluir de las costumbres.
Si lo que un hombre quiere es contemplarse
en el espejo blando de sus frutos,
celebre el sueño fértil de la luz
que baña con leyendas su memoria.
No fue inútil su viaje, ni la casa
construyeron en vano los que huyeron
de la noche cerrada y de los monstruos.
Quien ama la quietud ama una tierra.
Si un hombre, en el cansancio de sus manos,
en la mirada hueca de sus ojos,
lo que quiere es tan sólo conocerse,
busque su rostro seco entre los surcos
maduros de los huertos y las olas.
Encontrará su patria derramada
entre olivos, cisternas y viñedos,
sobre la amarga piedra del sarcófago.

Podríamos decir entonces que existe una identidad mítica del Mediterráneo, cuyas huellas pueden seguirse en las obras de no pocos poetas, una identidad moral y estética, que se vive como experiencia cultural y como experiencia de naturaleza, una identidad que es memoria también, profundo recuerdo que sobrepasa nuestros límites, que nos hace ser clarividentes de un pasado sobre cuyas ruinas aprendemos a caminar, a amar, y a mo-

rir. Una identidad, por cierto, integradora como pocas: nadie se ha sentido nunca excluido de esta identidad mítica, puede incluso adoptarse, como lo hicieron Hölderlin, Shelley o Graves... Es una patria espiritual, que tiene su fe en la contemplación, y cuyas fronteras abiertas incluyen el pasado y el presente, con un solo idioma: la poesía.

Soy consciente también, por supuesto, de la banalización turística de nuestros días y de la transformación del Mediterráneo en un espacio ajeno al imaginario cultural y espiritual. Y aunque cualquier mirada al universo mediterráneo –incluso en la mirada esplendorosa de los románticos– siempre lleva consigo un sentimiento de pérdida, nunca este sentimiento ha sido tan poderoso como en nuestros días. Mi poesía no es ajena a esta manera de mirar. Yo mismo he vivido plenamente, en carne propia, como suele decirse en una buena y popular metáfora, esta época de transformaciones, esta transición del imaginario mediterráneo.

No es sin embargo la nostalgia lo que prevalece, según creo, en mis poemas. La poesía siempre vive en su momento presente, nos ayuda a percibir la realidad más allá de los sentimientos, nos invita a conocerla en su verdad. La nostalgia implicaría una visión del Mediterráneo como paraíso, visión de base turística, que yo nunca tuve. En cambio, la destrucción sistemática de la naturaleza, consecuencia de la misma delirante expansión turística, es un hecho que la poesía percibe y ab-

sorbe para sí como realidad objetiva. Podemos creer, sin duda, entonces, en las palabras de René Char: «La naturaleza, asediada por las empresas de los hombres cada vez más numerosos, traspasada, saqueada, vuelta del revés, despedazada, despojada, flagelada, acobardada, la naturaleza y sus amados bosques han sido reducidos a vergonzosa esclavitud y sufren una mengua terrible de sus bienes. ¿Cómo podría ella rebelarse, sino mediante la voz del poeta?».

Pienso que cuando William Wordsworth caminaba, en su célebre poema, por las orillas del Whye, «unas millas más arriba de Tintern Abbey», en su experiencia de la naturaleza no cabía el sentimiento de pérdida que sí acogemos ahora nosotros cuando caminamos por algún recóndito valle mediterráneo. Wordsworth regresaba en su poema cinco años después a aquel maravilloso sitio y lo encontraba igual, con el convencimiento, además, de que si volviera cinco, diez o veinte años después, volvería a verlo del mismo modo. Nosotros no podemos estar tan seguros de repetir experiencias como aquella. La poesía percibe hoy la fragilidad y el carácter trágico de nuestra naturaleza, «asediada por las empresas de los hombres cada vez más numerosos», no puede ser ajena a esta realidad. Nuestra mirada absorbe su belleza llena de signos que ya nada o casi nada significan para nadie. Una belleza que, como la de cualquier rostro humano, también se nos revela como temporal, precedera, susceptible al paso del tiempo y a las marcas humanas.

Herencia y fábula fue una puerta abierta a los signos de mi mediterraneidad, con sus acercamientos a los textos sagrados, a mi infancia y adolescencia, y a la realidad presente, pero inmerso en un lenguaje narrativo del que, poco después, ya quise escapar. Yo pretendía que mi poesía expresara más que contara, dijera más que explicara. Y esto empezó a darse pocos años después, con *Teoría solar* (1992), y madurando lentamente con los libros que siguieron a éste: *Vigilia en Cabo Sur* (1999), *Libro de los trazados* (2005) y *Días del bosque* (2008). En ellos, me parece, todo aquel mundo esbozado con entusiasmo juvenil en *Herencia y fábula* ha sido interiorizado, convertido en un espacio conflictivo de mi intimidad, en un diálogo permanente, en una pulsión llena de interrogantes, de búsquedas y de aceptaciones, de descubrimientos y de renunciaciones.

El dolor de la naturaleza nos decubre también una belleza secreta, una música permanente, y hacia esa belleza y hacia esa música he caminado. En ellas el caos y la armonía se dan con la misma fuerza de la costumbre. Somos nosotros mismos caos y armonía, cuerpo desnudo bañado por la noche y por la luz. Cuando hablamos de naturaleza, solemos incurrir en el error de pensarla como un objeto independiente, un cuerpo que contemplamos a distancia —es decir, un paisaje. Sin embargo, nosotros somos también esa misma naturaleza que contemplamos. Ya lo sabemos, por supuesto, pero no siempre lo tenemos presente. Esa misma naturaleza

que destruimos también somos nosotros. Nada impide decir, por tanto, que la naturaleza se destruye a sí misma: lo hace a través de uno de sus elementos más complejos y problemáticos, el hombre, que es, además, su conciencia.

Se trataba ahora de expresar, no de describir, mi relación con aquel mundo. No podía, por tanto, situarme enfrente, contemplar como el visitante o el turista contempla o fotografía un paisaje, sino hablar desde dentro, dejar hablar a mi cuerpo en su tránsito por aquel mundo solar, lleno de bosques abrasados, de signos milenarios, envejecidos, rotos, de playas y caminos, de noches profundas y amaneceres húmedos. Creo que mi poesía trata desde entonces de expresar una pulsión en la que los sentidos, la memoria y la fuerza misma de los elementos se convierten en una sola cosa, una sola verdad. Se trata, sí, de una experiencia, pero de una experiencia continuada, nunca aislada, un modo de sentir hondamente a la vez mi desasimiento de mí mismo y mi presencia en el mundo.

La poesía se me ofrecía ahora como lenguaje capaz de expresar una mediterraneidad íntima, sin nombres propios, ajena a toda postal de referencia, salvada por la cotidianidad, por la repetición, por la insistencia, y que diera sentido a un universo solitario que vivo como un abrazo a una naturaleza que parece desvanecerse, sí, pero que alienta todavía con su precariedad, nuestra precariedad, a quienes se acercan a escucharla y a sentirla como propia.

SELECCIÓN DE POEMAS

LA PRUEBA

Hasta mirar significa aquí partirse en dos, desmoronarse. *No puede ser nuestro este paisaje que se entrega, al sol, como un cadáver más. ¿Cómo ha llegado el fuego a tomar forma de nopal o de adelfa? Luego de haber reconocido el hontanar de nuestros antepasados, con su laurel lleno de insectos y sus cántaros rotos, tuvimos que buscar la manera de salir de aquí. Mediodía de agosto. Las sombras quemar, se hundir cada vez más. Y el sol, este sol hipnótico, oracular, que crece entre nosotros, nos hace confundir el tiempo que nos queda con el olor de las raíces arrancadas. (Un perro ladra en el torrente seco desde entonces.) Mediodía cerrado a cal y canto. Esta sed sí que es nuestra.*

UNA INICIACIÓN

I

Dije que sí, que iría. Una vez más. A solas.
Siga el camino hundido por el centro. Ya puede uno salir, gritar, hacerse el loco (etcétera).
Huele a rocío. Algunos perros ladran. No sé...
La luz no es cosa nuestra ni de nadie. Lo dije.
Dije que sí. A oscuras todavía. El mar, la luz, la piedra: ¿qué sabemos, qué podemos saber nosotros de la luz, el mar (y sólo son ejemplos), la piedra, esta mañana, aquí?
Hace frío. Se nota que ha empezado el invierno verdadero. No sé... Dije que sí, que iría.
Para mirar. ¿De quién son estos pocos signos que quedan? Todavía, en el puerto, los últimos profetas de la noche: cantan desesperados y maldicen. (La luz contra la piedra. El mar contra la luz. Ah, máquina implacable.) No sé...
Dije que iría, sí. Una vez más. A solas.
Siga el camino hundido por el centro. Ya puede uno salir, cantar, encaramarse (etcétera).
¿A quién espero o quién espera algo de mí?

II

Era como asomarse a lo más hondo nuestro.
Aquí, la higuera seca, apuntalada. Allá,
este camino por el que no pasa nadie.
La luz, un fuerte olor a ruda, las abejas.
Era como volver nuevamente al principio.
La fuente rota, hundida, rodeada de enebros.
Ah, pájaro, tú sí que sabes ver, a solas,
girar, encaramarte, cantar a media luz...
Fuimos, como animales extraños, atraídos
por esta idea nuestra de empezar otra vez,
de saber algo más de nosotros, sintiendo
en nosotros el mar, la luz, la primavera...
¿Y si la muerte fuera esto que nos han dicho,
esto en lo que resulta ya imposible creer?
Bebimos. Y la noche se abrió para nosotros.
Olía a luna llena, a zapatos mojados.
Era como asomarse a lo más hondo nuestro.
Pájaros, cicatrices, astros... A media luz.
Bebimos. Y la noche era una voz, ardía.
¿Y si esta fuente fuera la fuente verdadera?

III

Quiero saber más (dije). Cerré el libro y salí
hacia los intersticios antiguos de la noche.
(*¡Muere, si de verdad deseas confundirte
con aquello que buscas!*) La cena era a las ocho,
donde los hipogeos y los olivos blancos.
Danzaban: terracotas, la silueta deforme
de un dios grosero, enano. *Ab, lo desconocido.*
Calaveras impúdicas se hacinaban, reían.
¿Para quién sus maltrechos ajuares perfumados?
La luna, extenuada, nos daba de beber.
Muerte y resurrección: sólo una espesa niebla.
Oh, vírgenes, cosechas, amapolas, aljibes.
Bebí qué: oraciones de la tierra mojada,
himnos y sacrificios a la fertilidad.
Sólo ebrio es posible conocer lo imposible.
Lo dijo Cicerón: los misterios son cosa
de la naturaleza, *no de la teología.*
Diluido en la nada, me fundía en el todo.
Era yo y no lo era: ¿cómo reconocerse
distinto entre los muertos que quieren aún vivir?

IV

No deja huella: ¿ésa es su huella? Bebimos.
Hacía tanto frío aquella tarde... El mar
empezaba a romperse en mil pedazos, sucio.
Llovía, sí, llovía, sobre la isla exhausta.
El poeta tradujo. ¿Para qué habré salido
de casa...? Aún resuena en las calles la voz
del mensajero. Ah, cómo quema en las manos,
cómo corre tan clara hacia otra luz más negra.
¿Para qué habré venido a esta cena, descalzo,
con la camisa limpia, verdadera? El poeta
tradujo. Una vez más. Y abrió la ceremonia.
Los límites del alma nunca los hallarás.
(Un buen vaso de vino entra bien y es barato,
pero dar de beber al animal no es fácil.)
Así son de profundos todos sus fundamentos.
Cerré los ojos, vi: era una voz, ardía.
El poeta tradujo. Todos los invitados
esperaban, bebidos, un milagro a los postres,
un signo verdadero antes de regresar,
pero el pan de los sueños se transformó en ceniza.

HUMO ADENTRO

Al empezar a arder, y con el tedio íntimo de este lugar, el día dibuja sombras huecas en el paisaje: muros de piedra, animales dormidos, bancales arrasados, islas... Bajo el árbol de agosto todavía, intentamos salir, una vez más, de aquí –de nuestro precipicio para dos, lleno de adelfas rojas, blancas–, pacientemente, y sin hacer ruido. ¿Hay más, entre nosotros, a punto de ser visto o escuchado, en este lado nuestro, incompatible? Entre el humo y las risas súbitas, con la sospecha de haber estado aquí hace más de mil años, pisamos sólo el polvo de nuestros espejismos: la lluvia le arrancará a la tierra sus secretos: saldrán monedas, ropas, esqueletos con todos sus ajuares, cisternas... Hay sol en cada una de las ciruelas podridas del bancal, en cada rama rota, en todas y cada una de las olas que escuchamos: tanto sol que resulta difícil recordar lo que alguna vez supimos, por dónde hemos llegado –o para qué. Al empezar a arder, y con el tedio íntimo de este lugar, el día marca con sombras huecas sus propios límites. Lo que hemos visto y lo que no hemos visto, encaramándonos en silencio una y otra vez, conforman por igual nuestra esperanza. Los asfódelos crecen junto a la casa en ruinas todavía y nada significan por ahora. Yo, mientras, bebo de una botella que me dieron los ahogados del viejo *Cabo Sur*, aquella misma tarde... La sed quema y rompe mis encías: trago salitre y sangre, viento, alcohol, raíces, olas. ¿Hay más o sólo lo parece, me lo parece a mí, ebrio de sol, envuelto en humo, contigo, amor, y delirando? Oigo la voz llena de insectos del mediodía. Veo que el mar tampoco ha conseguido aprender otro camino: llega completamente exhausto hasta nosotros. (Las ratas se acercan, en secreto, hasta la orilla, y muerden a las tortugas enfermas.) Entretanto, los

muertos han dejado sus redes podridas en la playa. Y a la pregunta de si vale la pena ir a buscarlas, tú nunca respondes, tú te levantas desnuda para bailar un poco, tú te recoges el pelo una vez más y callas, tú tienes –creo– algo que decirme, pero prefieres sonreír. ¿Dónde está el tiempo (ahora) que nos queda? El sol nos da en la cara y no nos ilumina. Del árbol de la revelación cuelgan húmedas las botas, las toallas. Somos dos sombras más en el paisaje: dos sombras más que se confunden y acaban transformándose en una, con la bruma del mediodía y el humo blanco de nuestros deseos. Todo está quieto ahora y la salida empieza a oírse sin oírse, empieza a verse sin poder ser vista –no es un olor y sin embargo apesta de verdad. ¿Hay más en este lado de aquí, entre nosotros, a punto de ser dicho, todavía? El tiempo es un espejo roto, donde se mira el sol. Pisamos, con los pies descalzos, la ceniza, las grietas afiladas, y nos reconocemos. Cuando te doy la mano, amor, y caminamos sobre el cuerpo extendido y lleno de cristales de la espera, entre las aves sucias de nuestro paraíso, digo que sí, que hay más, y el humo crece y crece, y sube en círculos hasta el infinito... El tiempo que nos queda está en el humo, pero el camino del humo no podrá nunca ser el nuestro. Todo está quieto ahora que nos encaramamos, una vez más, a solas, con toda nuestra gran sed a cuestas, intentando no perder nunca más el equilibrio. (El río seco y roto en mil pedazos baja lleno de piedras blancas, rojas.) Y a la pregunta de si vale la pena haber venido, tú nunca respondes, tú bailas para el sol siempre desnuda, cierras los ojos, te das la vuelta y entras en el mar. Todo está quieto sin descanso. Todo está quieto y contenido en la pereza del mediodía, bajo el árbol de agosto, pero tratando ahora de decir *sí*.

EL ÁRBOL

Entro en un árbol por su sombra abierta,
alegre y sin llamar, tranquilamente;
voy hacia el centro, subo o bajo, no lo sé,
y allí están todas las raíces, todos
los frutos esperándome, visibles y perfectos,
y el crecimiento de las ramas
es sólo una cuestión de pálpito y de luz,
que yo ahora puedo ver y oír... Hay nidos
abandonados, sucios, malolientes,
y extrañas criaturas de la noche. La luna
también está en el árbol y no es blanca.
Y hasta el viento circula muy oscuro,
se le puede tocar y no hace daño. Subo
o bajo, no lo sé: sé que camino.
Que pertenezco al árbol, lentamente. Me pierdo
en él, muy dentro, y *soy* el árbol, fértil
y fuerte, el que quería para mí. Y ahora crezco
sin descansar, en la quietud ardiente
del mediodía, cuando los pájaros me buscan,
entran en mí, reposan en *su* árbol.

VOLVER

Fui con el otro que yo fui, con el primero,
con el que no sabía hacer las paces
nunca con su gran sed de saber más... Queríamos
ver otra vez el sol que apenas se veía,
juntos, el sol fuera de sí, sin miedo,
el humo de la tarde más lenta sobre el mar:
ver otra vez el sol que apenas se veía.
Y éramos dos ahora y con sentido,
hablando por hablar, a solas, discurriendo
por los caminos blancos del pasado,
blancos de luz ausente y dulce, ya de noche.
Vimos que el tiempo es todo lo que vemos,
que todo lo que vemos se parece,
y un bosque junto al mar no es solamente un bosque,
es música también —y casa propia,
y herida penetrante y muy espesa... Fuimos
los dos por los acantilados rojos
y secos del pasado, juntos, sin las promesas
de entonces, lentamente. Y recuerdo que estaba
todo en desorden como el primer día.

HOJAS DEL BOSQUE

I

Lazos sagrados como raíces, redes invisibles.

La escritura de la primavera vierte su tinta de color una vez más sobre el lecho oscuro, enfebrecido, del animal solitario.

Nunca lo salva, pero le dice con qué ropa partir.

II

Palabras que hemos visto sumergirse, a solas, muchas noches, en las aguas oscuras de este río.

Cierto ciervo que vi bebía entonces, lavaba sus heridas invisibles.

Un nuevo idioma renacía a oscuras, temblaba como animal nocturno, ardía hasta el amanecer.

III

Agua que bebe el pájaro de octubre en la palma de mi mano: agua que alumbra el secreto del bosque.

IV

Ojo del bosque: mira mis huellas. Son como las raíces requemadas que aún esperan el aliento del mar.

O como las arrugas en el cuerpo de un viejo solitario que todavía ama las canciones del mediodía.

O como las venas azuladas, siempre palpitantes, en las sienes rojizas y suaves de los ciervos.

Ojo del bosque: apiádate de ellas, protege su camino.

V

El pensamiento más profundo de un cazador es su disparo.

Con él penetra a solas, siempre, en el silencio de las largas distancias, en la humedad salobre del amanecer.

Con él penetra en el corazón oscuro de las tórtolas.

VI

Una gota mía de sudor en el bosque hará crecer el árbol de la sed. Bajo la sombra de este árbol, algún día, tal vez, descansen otros caminantes.

Tal vez, bajo la sombra de este árbol, algún día, las palabras del bosque vuelvan a ser escuchadas, cierto ciervo que vi vuelva a ser visto.

Que una gota mía de sudor pueda ser esto.

EL ENCUENTRO

Después de todo, y sin quererlo, yo habré visto,
con las abejas del atardecer, a solas,
el río insoportablemente fétido
de lo que sigue. Intento, mientras, poner en orden
mi propia oscuridad: la que he buscado
(me digo) sólo para quedar bien
conmigo mismo, y para no herir más a los muertos,
que aún esperan de mí lo mejor. Siento
sobre todo el invierno más dulce. Y no pregunto,
desde mi vigilancia y mi fatiga,
con todo este gran sol a cuestas, al que dice
haber puesto sus pies en los bancales,
fértiles y seguros, del silencio,
sino al otro: al que espera solamente
delante de las cercas oxidadas. Me escucho
en él, y doy por bueno su camino
de arena (en el que crece todavía la flor
de la primera vez, azul). Me asomo
a sus palabras rotas y llenas de salitre.
Veo en sus ojos mi perplejidad.

TALLER DE PAISAJISTAS

(la insistencia)

El color de este cielo a mediodía
no quiere ser pintado, se resiste:
se diría que espera solamente
detrás del muro blanco y ciego
de su más alto resplandor...

Hay que insistir *entonces*, muchas veces,
con los ojos cerrados si hace falta,
pintar sin ver lo que sabemos,
dar forma a los colores invisibles,
mirar el cielo así, de otra manera,
el cielo ciego horizontal.

Insistir *discutiendo* con la luz,
con este resplandor hiriente y bajo,
hasta poder trazar su enigma propio,
su misterio imposible,
con la fidelidad del paisajista
que sabe oír y ver siempre entre líneas,
y reconoce a solas su destino
en los más lentos blancos cegadores.

... No importa que el color
no colabore. En su fluir está la música
silenciosa del sol, la fiebre nueva
que quema nuestras manos y nos dice
cuánta paz hoy veremos sin descanso,
con los ojos cerrados todavía.

(principio de identidad)

Nosotros somos solamente
siempre lo que miramos: este bosque
y su camino azul somos nosotros,
esta lluvia distinta cada tarde,
que empapa muy adentro.

Somos la nube que pintamos, negra
sin más como la arena siempre
del anochecer... Somos
también el trueno y los relámpagos,
los ojos asustados
del animal que corre a su refugio.

No somos más que lo que busca ser
mirado y comprendido por nosotros:
este paisaje horizontal, el árbol
y las piedras mojadas,
las huellas en el barro y la neblina
que no nos deja ver.

Y hasta somos también lo que no vemos:
aquello que pintamos muchas veces
sin saber cómo es, cómo será mañana,
después de la tormenta.

(mujer lejana)

Como una sombra más de su pobreza,
de entre las ruinas blancas de la casa que vemos,
una mujer toda de negro y sola
sale a su mediodía inmenso, sin descanso,
con los ojos cerrados cada día.

Una mujer que no vemos muy bien, que busca
un cubo y se encarama, entre los gatos,
junto al granado viejo, y toca el mar,
el mar que está en el pozo, vacío, sin salida,
como una sombra más de este desierto.

Qué suerte ver llegar entonces a los pájaros,
tenerlos por aquí también, poder oírlos,
como una sombra más en el dibujo, *miren*,
cerca de la mujer que no los ve,
bajo un cielo de arena, sobre el árbol.

Una mujer que está ya muerta, se diría,
aunque salga a tender la ropa muchas veces,
una mujer que no se ve, que la veríamos
sólo después de haber llovido *algo*,
con la mirada fría, distante, del invierno.

(retrato)

Un hombre lleva puesto cada día
su sombrero de paja y sube andando
el camino del bosque. Saludamos
a este solitario diferente
y él también nos devuelve unas palabras
con amabilidad y simpatía.

Sabe que estamos siempre aquí,
en esta curva, contemplando
supuestamente el mar y el precipicio
seguro de los pájaros.
Y nunca se detiene, no pregunta,
sigue a solas su ritmo
y silba cada día cuando pasa.

No sabe que le estamos esperando,
que hemos venido aquí
sólo para mirar cómo camina,
cómo mueve los pies, cómo conoce
el bosque y los senderos
imposibles. No sabe todavía
que le esperamos siempre, en esta curva,
sólo para poder ver y pintar
su paso firme y claro, su mirada
profunda, deseable.

Sólo y por fin para estudiar a fondo,
el perfil de sus huellas muchas veces,
la música, el calor y la alegría
de su forma de andar cada mañana.

Ese momento decisivo
de ver cómo se aleja una vez más,
silbando, entre nosotros,
por el mismo camino diferente.

LA ESPERA MÁS ALTA

La espera es un extenso mediodía
donde no vemos nada, a nadie. A veces,
la luz penetra intensamente, limpia,
en nuestro corazón, y luego
volvemos a lo que no pudo ser, abrimos
una puerta o rezamos
por los muertos más próximos. El mar
nos acompaña: sabe
alguna cosa (se diría). Nos consuela
que el vuelo de unos pájaros
o el salto inesperado de un delfín
formen parte *también*
de nuestra oscura y tantas veces sola
lentitud... Y ésta es la espera
más alta y de verdad: la que acumula
salitre, polvo, ramas secas,
al borde siempre de este precipicio
llamado Cabo Sur —donde el que llega
mira, deja su cesto y se desnuda,
busca las olas
y desaparece.

PARA SALIR DE AQUÍ

Los colores del tedio (una vez más) lo envuelven todo: la luz y la salida, la sed en toda su extensión visible. Humo adentro, con los ojos cerrados, respiro y siento que las cosas todavía duermen, esperan en el humo. Hago ver que estoy lejos, pero toco la cal de los veranos, me asomo a lo que sé: hace calor, el fruto cae ardiendo:

No es el dolor aún (me dije), sino el espejo roto en mil pedazos del dolor, y en él se miran, sedientos, los animales más queridos del pasado. (En cada piedra hay una imagen, desdibujada o sucia, la noche en blanco de un gran río.) Bajo el árbol de agosto, oigo crecer el día a ciegas, la distancia que nunca consigo recordar:

No puedo ver, pero llamo con náuseas al ahogado, busco en su tristeza llena de algas mi camino. El sol se viene haciendo sitio por donde sólo cabe el sol. Lo sé: ni una sola palabra definitiva, ni un cultivado y profundo pensamiento. Hablo de mi cansancio solamente: mi única certeza, esta mañana, aquí:

Con el aliento de lo que falta aún por ver... Oigo a este sol. Hay sangre en este laberinto, pegajosos insectos, enigmas tristes y malolientes. Todo está quieto ahora y contenido en la inmensa pereza del aire. Hundo mis pies en esta arena dura y siento la humedad de lo que ya no existe. ¿Cómo empezó la sed a ser así?:

Latas, plásticos, ropas sucias... Desde este mar venido a menos, lo que se ve y lo que no se ve son ya la misma cosa. (Regreso y, por un instante, sé también que regreso.) Violenta pulsación, voces salobres. Con todo el sol de cara, me asomo y no distingo: me asomo y toco el polen ya reseco que (sin embargo) acaba de llegar:

Cuento hasta tres y empiezo a caminar, bajo el árbol de agosto todavía, entre botellas rotas y cruces encaladas. ¿De quién son ahora los pájaros que han vuelto? Hundo mis pies en la sequía verdadera. Oh sed fuera de sí, tan blanca. Dejo caer una piedra en el interior de un pozo seco y el tiempo que me queda puede oírse:

Recuerda lo esencial: la puerta está abierta. Ahora el mar ya no importa: no era (para volver a empezar) lo que uno había esperado. Dentro de mí se pudren, cada vez más insistentes, todos los recuerdos. Oigo la voz de lo que sigue, la llamada que brota como aguja negra de nopal, como amplia quemadura en la sed del ahogado:

Piso, descalzo, el sol que hay en el polvo. Yo sé (por ejemplo) cuándo pasa alguien por mi lado: el salitre de su silencio llega hasta mí y lo delata. Ahora está el sudor abriendo heridas casi milenarias y, entre los escozores, siguen danzando, ciegas, las avispas. Hablo de mi pereza solamente: mi único camino, esta mañana, aquí:

No es el silencio aún (me dije), sino el espejo roto en mil pedazos del silencio, y en él se miran, exhaustos, los pájaros del Norte. En mi cansancio *estaba* mi principio. Ojos llenos de cal, de polen seco. Ahora mis pasos son los pasos de la sed, quemados por el sol continuamente, y el humo de mis huellas puede oírse:

Pesa la luz como una red mojada. Flotan las ramas rotas, los peces muertos... (La paz no es el silencio todavía.) Subo despacio la cuesta transparente: la que sólo da al mar y a la erosión visible. Junto al faro en ruinas crecen los enebros, las grietas afiladas, el vértigo continuo de la serenidad:

Dar el paso invisible. Lllaman a la puerta del mar de agosto las raíces arrancadas, las dunas ocre. (No puedo ver, pero qué bajo cielo en rojo hay en mi corazón esta mañana, qué extraños vuelos sin sentido.) Y cuando el verdadero ahogado salga por fin a mi encuentro, ¿sabré decirle quién soy yo de verdad, *exactamente*?:

La muerte: una palabra puesta a secar (me dije), empapada de sudor de tres días. *Más que ceniza.* A fuego lento se consume la promesa más clara y el humo es una carta sin abrir. Árbol azul y fuerte, en cuyas ramas cantan los mirlos todo el año... Oh luz repleta de animales dormidos, de caminos que no sabemos ver:

Nadie ha visto la casa, pero yo sí la he visto. O tal vez no la he visto (me dije), pero sé que está allí. Mi deseo es más rápido que yo: yo sólo sigo, a oscuras, sus huellas transparentes. *Islas más allá de las islas.* Abro, en secreto, la larga noche en vela de su soledad, la trama azul y fértil de sus apariciones:

Yo no tenía fe: tenía sueños. Y hoy la sequía tiene la extensión de mi alma. Por un instante, sé que regreso, que mi cansancio se abre al mar, al cielo rojo, a este camino erguido y sucio de verdad. ¿Cómo pudo la sed reconocerme, apuntarme con el dedo, soltar sus perros blancos contra mí?:

Delante de la puerta abierta (me dije) bailaré, loco de sol, como animal en celo, sin descanso. Escribiré mi nombre (me dije) sobre las losas incendiadas del atrio, sobre la superficie mágica del atardecer. ¡Fulgor de ruinas blancas, donde crece, a ciegas, el asfódelo sediento, donde bostezan los aparecidos!

La mano en el fuego del mediodía: recojo (una vez más) los libros, la toalla, los zapatos. Creo saber lo que me pertenece, todo lo que al abrir los ojos vuelve a ser mío aún. Hablo del humo solamente, a solas, para empezar a ver más alto, para salir de aquí (me digo), muy despacio: *para no despertar a la ceniza.*

OFICIO

Y penetrando así, en lo más hondo
nuestro, como llamados,
en este espacio único no dicho todavía,
repleto de fantasmas:
¿sabemos algo más, sabemos *algo*?

Hemos dado por fin con aquel sueño:
las fábulas más altas,
esta memoria nuestra a punto de romperse
en un golpe de mar,
la verdadera edad de los que huyeron,
corriendo hacia lo otro,
con los bolsillos llenos de preguntas
y la boca reseca...

¿Cuándo empezamos de verdad, o dónde
termina todo, en qué?

Iluminados por la paradoja,
sólo sé que hemos ido abriendo el apetito
a fuerza de saciarnos con promesas...
Este mar, el mar: ¿quién podrá agotarlo?
Los restos de la noche:
remos rotos y conchas amarillas,
este dolor que da la luz, que impone
la claridad *ahora*.

En este espacio único, tan nuestro,
repleto de fantasmas:
llegan de aquí y de allá, todas las noches.
No dejan de asomarse.
Ponemos voz y letra a su memoria.
No dejan de querernos: es su única manera
de estar entre nosotros todavía.

Y así nos acercamos, lentamente,
sin saber muy cómo,
pero pisando la ceniza última,
al punto más distante y cercano a la vez
de lo desconocido:
el cuerpo intacto, puro, soñado, del poema.

¿Qué queda, entonces, nuestro,
de nosotros,
o para quién dejamos de ser lo que hemos sido?

MI CUERPO Y LAS AGUJAS DEL ESPINO

Mi cuerpo y las agujas del espino se conocen. Cuando salgo del bosque, muchas veces, miro sus huellas negras en mis brazos, la saliva caliente y ácida que ellas exudan siempre para mí.

Pero también mis huellas acompañan al espino muchas veces. Éstas son siempre rojas y se adhieren fácilmente a la rama puntiaguda o a la flor emergente. En ellas hay sudor y carne sucia.

Digamos que, sin estar hechos el uno para el otro, mi cuerpo y el espino comparten muchas veces el estrecho sendero y el aire húmedo del bosque, la luz donde se encuentran y siempre se saludan.

AZUL HASTA AYER MISMO

Y ahora que tiro al mar *esta* botella,
que no recogerán los muertos (ni los vivos),
puedo ver hasta dónde llegan hoy
mis fuerzas, mi esperanza de volver.

Con los ojos

llenos de sol, ando descalzo,
como uno más de entre los suplicantes
de Cabo Sur, y como si buscara (me dicen)
alguna cosa sin sentido, absurda
de verdad. Voy por la playa del mediodía
pensando en lo que pudo ser
y en cómo ahora lo que yo veo o toco o digo
me abandona continuamente: es humo
muy espeso (o ceniza o niebla roja y sucia,
impenetrables, sin final...) Azul
hasta ayer mismo, el mar parece otro,
un poco más cansado o viejo.
Y entre las ropas de los que se van ahogando
—en silencio, desnudos, por el fondo—
hay pájaros que no conozco aún.

(Que un día, y sólo porque tal vez imaginamos
otro país más nuestro, otro lugar
donde vivir, salimos a oscuras de nosotros,
de lo que sospechamos ser, crecidos —se diría—
por este manantial de signos imposibles,

para llegar exhaustos *nuevamente*
a lo que somos de verdad: sólo sombras
que va cambiando el sol de sitio... Y todo,
todo lo que hemos aprendido aquí
consiste en esto: caminar
es sólo una manera de buscarnos,
una manera de decir que sí, sin lágrimas,
una promesa extraña y dulce:
la ilusión de encontrar una puerta cerrada
que podamos abrir nosotros mismos.)

Por eso hoy tiro al mar *esta* botella.

El mediodía crece y casi no se ve
ya nada. Todo es aire detenido,
espeso, sucio y lleno de verano.
Hace calor y escupo únicamente
todo el salitre que hay en mí.

Las aguas saben
sólo a sol, mientras busco
unas pocas razones para empezar de nuevo,
una vez más, descalzo y solo.

Y en sí mismo este mar, que no conoce a nadie,
que no sabe qué hacer con la botella,
también es poca cosa (me dicen), hasta que yo
me acerco solamente, cada día,
para ver cómo flotan sin alimento, a oscuras,
como las placas de alquitrán, mis fuerzas
y mi esperanza de volver..

MIS MANOS EN ESTE BOSQUE

Mis manos también tienen su visión propia del bosque, han aprendido a abrir las páginas ocultas, a leer en ellas los textos invisibles. Palpan la oscuridad y la temperatura, el miedo y la esperanza.

Mis manos acarician el milagro del nido, su membrana nocturna. Acarician el aire que exhalan las raíces, la fuerza de los frutos nuevos, el rastro húmedo y transparente de los caracoles.

Tocan la luz pobre del musgo y el pálpito seco de las ramas rotas. Tocan la edad de la corteza y la consistencia de la resina. Tocan la humedad del color verde y el aliento oscuro de los escarabajos.

Acarician también los ojos del animal muerto y palpan en su mirada la sombra azul de todos los caminos, el agua deseada. Acarician el pulso fértil y misterioso de su descomposición.

Mis manos hablan entonces otro idioma: el que aprendieron palpan-
do la textura del bosque, su misterio tangible.

TRAVESÍA

No es otro signo dado para descifrar, no es una imagen más de lo que sigue, no es tampoco un conjuro impenetrable este desierto azul y rojo que ahora viene.

Hablo del tiempo en que saldremos a la calle para ver nuestros días perdidos, uno tras otro, solos y abandonados en un sucio rincón de la memoria, muertos de frío para siempre.

Mientras llueve lo vemos muy lejano todavía, cómo viene sin más hasta nosotros, aunque su aliento de arena invada ya nuestras almas y el sonido de su larga y rotunda sequía empiece a confundirnos.

Hablo del tiempo en que saldremos a la calle para oír el murmullo del agua de la vida, la extraña música que bebimos en el dolor y en la sombra, su gracia que se aleja de nosotros y no vuelve.

BAÑISTA

Éste que sale a media tarde y solo,
sin nada más que una toalla limpia
bajo el brazo, a la luz
menos comprometida de septiembre,
con cara de haber visto, no sé, algo muy nuestro,
y ganas poderosas de bañarse,
de entrar como si nada en este mar
de oleajes sin fondo,
en este mar que ya *ni es cielo ni es azul*,
pero busca y alcanza y desaloja
con fuerza todavía;
éste que sale a media tarde y solo,
en fin, con ganas de bañarse y disfrutar
de veras, a la luz
ya casi clandestina de las playas,
para salir después como borracho,
otro y el mismo, limpio,
con los ojos a punto para ver nuevamente,
parece saber algo de nosotros,
algo que ya sabemos,
pero qué.

EL AVIADOR NO ES COMO EL PÁJARO

Nada sabe del bosque el aviador que sobrevuela el bosque. Yo algunas veces, desde uno de los claros, he podido mirarle a los ojos. Sé bien a lo que viene una y otra vez el oficinista de la planimetría voladora. Y en las manos del comprador que lo acompaña hay restos de metales pesados, de lápices y gomas de borrar, de líquidos incendiarios.

Algún día el aviador (me digo) quiso ser como un pájaro, pero hoy sólo sabe trazar planos desde el aire, sí, *planear* completamente, asustar con su pequeño avión a los pájaros del bosque, mientras toma fotografías que luego han de servir a quien él mismo sirve cuando vuela tan bajo. (Del comprador que lo acompaña qué podríamos decir: sólo que sonríe satisfecho, aunque seguramente tenga miedo a volar). El pájaro también conoce el bosque desde arriba, pero su vuelo, cómo no, sabe adentrarse transparente en la oscuridad viva, en el corazón silencioso de las sombras. Bebe luego la luz de las hojas mojadas y da de comer a sus crías en el cálido musgo o en las más altas ramas, él mismo se alimenta de raíces podridas, de pan blando del subsuelo, y sólo entonces comprende el significado de volar, de venir desde allá arriba.

Por tanto el aviador no es como el pájaro.

EPITAFIO

Solo, pero no muerto, casi muerto diríamos,
pero aún resoplando, con las manos inútiles
y el rostro azul. Vencido, pero ansioso. El mar
puso palabras viejas a mis plegarias. Ola,
madrépora, medusa, acantilado... He sido
el ahogado más duro de roer. Bajo el agua,
digno, iba cantando los poemas de Shelley.
Y cuando las gaviotas querían devorarme,
yo les daba pan limpio de sueños incompletos.
El mar era un dios torpe y no me merecía.

HIMNO

Quedan, *después de lo que vemos*, los mapas manuscritos de la noche, húmedos y arrugados, con sus atajos medanosos y sus aldeas aún por descubrir. (Bajo el árbol de agosto reaparecen las heridas del sol, el perro exhausto, las bicicletas oxidadas.)

Quedan también los días de regreso, con sus amplios cardizales y la promesa de toda perfección. El mar apalabrado, con sus peces nocturnos, nunca dichos.

Quedan, silencio adentro, la constancia y la herrumbre, la máxima intención de las cosas. *Siempre después de lo que vemos*, cuando entramos definitivamente en lo que estuvo aquí, junto a nosotros, en lo que nunca ha sido nuestro de verdad.

Quedan los ríos velocísimos, los hoteles cerrados, los pájaros del Norte. Todo un haz de leyendas a flor de agua, como un menhir lunar. Los relojes en punto y las calles desiertas.

Toda una muerte aún por recorrer.

LA SUBIDA

Para decir por fin la primavera,
para decirla toda enteramente,
por fin y hasta el final,
a solas –y ahora ya con esta luz
nueva del bosque:
luz llena de caminos invisibles,
de claros con sentido–,
subo hasta aquí en silencio cada día,
subo sin más, acudo
siempre y con sed a donde deseaba,
te vengo a ver a ti,
árbol azul y fuerte, sin descanso,
para decir que yo la he visto, entera,
la primavera toda,
que la conozco de verdad,
árbol lleno de estrellas muchas veces,
o que me llama sin saberlo,
con sus palabras húmedas,
lentamente...

La música mejor del mar
y el polen perfumado cada día
dan al aire este cálido trayecto
en verdes tan distintos, mientras subo
a solas, con mi sed,
de la misma manera que las nubes

suben también conmigo,
vienen, a solas me acompañan,
se diría, o hacen ver que me siguen, todas,
muy blancas, sin saberlo,
parece que me siguen de verdad,
conmigo, a lo más alto.
Subo en silencio muchas veces, solo,
pero como si en la subida,
durante el discurrir principalmente,
hubiera pájaros en mí, adentro,
pájaros invisibles
que tal vez nunca más veré:
pájaros de colores
y vuelos prodigiosos casi siempre.
O como si también hubiera en mí,
durante la subida,
en mi interior lleno de pájaros,
brasas húmedas y tristes
de hogueras que están lejos
y frías sobre todo:
brasas de voces que han ardido
azules, junto al mar.
Y ahora yo llamo a este subir tan mío,
tan claro y diferente,
a este subir a solas sin dudarlo,
yo ahora lo llamaría, una vez más,
sólo *subida propia*
y verdadera.

Para decir que sí, que yo la he visto,
la primavera entera, de verdad,
llena de nuevas claridades, rojos
abiertos, llena de amarillos,
de extraños amarillos casi verdes,
subo hasta aquí en silencio,
hasta llegar a ti, árbol del bosque,
árbol que estás (me digo)
siempre allá arriba, en el reflejo
total y cíclico del sol,
en la llanura azul del cielo,
pero mirando al mar. (Sé que oyes olas
en ti y el mar oye las tuyas,
las olas de tus ramas,
cuando el aire las trae, las lleva y las extiende,
en paz y sin descanso,
solo y despacio, cada día,
siempre desde el principio y porque sí...)
Para decir la primavera,
para decirla toda, muchas veces,
subo *entonces* por fin: tomo el camino
también azul y fuerte
de los acantilados. Y escucho en mi subir
una respiración que reconozco,
el aire sin final de lo que viene: luz
de la tarde bañando los almendros,
mostrando abiertamente
toda la plenitud de su caída.

Saludaré al asfódelo primero
y seguiré seguro mi camino hacia el árbol
transparente y fecundo,
hacia el árbol que sé, que yo recuerdo,
siempre lleno de estrellas,
porque es el árbol siempre que está arriba.
Todo lo que hay en él me pertenece:
ramas, cortezas, animales, frutos,
muerte y resurrección,
principalmente las raíces,
pero también el sol del mediodía
que lo calcinará... No me detengo
hasta llegar a él,
aunque me asomo muchas veces
a nuevos precipicios,
voy buscando una altura, un horizonte
oscuro y vertical que me recuerde
la salida primera,
la que yo digo andando todavía
hacia el bosque total,
la palabra que vuela por el aire
y ya no vuelve.

La primavera nunca es lo primero:
a ella se llega solamente.
Está al final: es la salida
de todas las salidas.
Lo que existe después de lo que existe,

su renacer más claro.
Adonde por fin llegan siempre
los pájaros que vemos,
los ríos que esperamos cada noche,
más allá de la luz.
Adonde vienen a beber
las miradas salvajes, primitivas,
de los que están a punto
de perderse sin más:
allí donde los sueños se confunden,
tiemblan en su ascensión,
entre el verde que no se deja ver
y el verde que pisamos
a oscuras todavía...
La primavera es todo lo que queda
después de lo que queda muchas veces
por ver y por decir.
Está al final: es el momento
de la celebración interminable,
del canto entre la hierba.
Es el lugar de la palabra *sí*
pero el lugar también indiferente
de su secreto sacrificio.
Adonde por fin llegan siempre
los días del amor,
las huellas invisibles del deseo.
Es la visión de una promesa
y la posada alegre

de nuestros pensamientos.
Adonde por fin vienen a beber
todos los fuegos, todos
los animales diferentes, blancos,
de la imaginación.
Y está siempre al final: es la salida
transparente, la única
salida verdadera que recuerdo,
mientras camino a solas,
muchas veces...

Y así, *después de todo*, yo diría,
cerca del árbol que está lejos,
viendo ponerse el sol
sobre el bosque violeta o azulado,
que *esto* es precisamente y sin saberlo,
lo que quiero saber,
cerca del árbol que me espera,
todo lo que yo sé mientras respiro
y subo hasta el final.
Lo que puedo decir por fin acaso
que he buscado saber,
ahora que miro desde arriba
todas las amapolas,
y siento que su luz hoy me acompaña
sin apenas esfuerzo.
Y ahora quizás podría ver también

en esta luz tan roja y diferente,
que ilumina mis pasos,
en esta luz en flor que ahora respiro
sin fin y sin saberlo,
la ruta sin edad, desconocida,
de los que ya no están
aquí, como nosotros, abrazando
una verdad como la nuestra,
una verdad en llamas,
oscura y sin descanso, cada día.
O cuando toco con mis dedos
no ya las hojas verdes,
sino también su propio y misterioso
crecimiento, y a este crecer
tan puro que transforma,
que todo lo transforma muchas veces,
ahora lo llamo sólo
empezar a vivir... Saben los pájaros
mejor que nadie todo esto,
lo celebran en paz,
tal vez incluso lo comprendan
de algún modo. Yo sólo lo pronuncio,
es un saber que no puedo saber,
que rozo con mi boca,
me lo digo a mí mismo en la subida,
no para comprenderlo,
sino para nombrar con sencillez
aquello que he tocado casi siempre

subiendo a este lugar:
para decir por fin la primavera,
a solas, todavía, muchas veces,
con las palabras siempre nuevas,
blancas de cal, con el salitre
quemándome los labios...

Quién lo ha sabido de verdad
y quién no lo ha sabido.
John Keats sí lo sabía (por ejemplo),
al menos cuando dijo:
tú también tienes música.
Tal vez también lo supo Shelley,
leyendo bajo el mar
de su noche más lenta y prodigiosa,
los versos invisibles
del amigo: palabras para el agua
verdadera. Y el loco
junto al Neckar, aquel que saludaba
a todos muchas veces,
también lo supo, *por supuesto*,
quizás cuando soñaba
que a oscuras era un dios únicamente,
únicamente como un río
lleno de flores rojas
y amarillas... A veces me pregunto,
sí, como un juego más de mi subir,

que olvidaré
también: yo ahora lo llamo sólo
respiración de abril,
un ejercicio imprescindible, el último,
para ascender, volar,
salir ya para siempre de uno mismo,
empezar otra vez, ser tallo
tierno, o brote
todavía.

Los muertos sí lo saben
todos (me digo), algunos
antes incluso de morir, muriendo
poco a poco, lo saben: miran
más allá de sí mismos,
en su interior transfigurado,
y ven, ven otras sombras diferentes,
imposibles...

Porque no hay primavera sin dolor,
ni dolor verdadero
que no florezca milagrosamente,
que no contenga el polen
de la primera luz, de la salida.
En el dolor *también*
crece la hierba y la miramos
siempre subir tan alta,

hacia el cielo, con su respiración
de primavera nueva.
En el dolor todo se ve, desnudo,
sin límites, muy lejos
o muy cerca. (Morir, nacer: se sabe
en el dolor principalmente,
podemos contemplarlo,
incluso cuando el llanto nos obliga
a mirar hacia adentro,
sólo hacia adentro y nada más.) Sí,
desde donde está el árbol,
ahora puedo oírlos muchas veces:
caballos invisibles
entrando en su pirámide solar,
felices, cabalgando
hacia poniente. Pájaros sedientos en la higuera
renacida del bosque,
entre las ruinas de un horno de cal,
todavía muy blancas. ¿Para qué
la primavera cada día
y el árbol vierten sobre mí licores
esposos, indomables, puros,
licores de recuerdos,
de imágenes lejanas, casi a oscuras,
casi invisibles? Y ahora voy,
una vez más, entrando en *esta* sombra
perfecta de mi árbol

dejándome asombrar completamente.
Vienen a mí los días que perdimos,
las palabras azules y olvidadas,
las manos de la infancia
que acarician aún
la claridad sin fin de mi cansancio,
desde su más hondo duelo:
todo un paisaje contenido en mí,
que parece entregarse,
volver intacto a mi memoria,
volver para ser dicho.
También aquí en su noche
hay flores amarillas. (Me pregunto
qué música era aquella
que crecía en los sueños muchas veces,
se entregaba en abril, cuando el cerezo
era una pura luz, iluminaba.)
También aquí en su noche
hay pájaros despiertos que vigilan
a oscuras mi cansancio.
Y en esta sombra soy por fin el que ya he dicho,
sólo el que aprende cada día
a dejarse llevar del todo,
sin saberlo, por esto que yo ahora llamo a solas
sólo *mirar el aire* —y siempre aire
lleno de polen solamente.

Bajo el árbol de abril
siento que busco y que ha llegado
la lluvia a este lugar,
la lluvia llena de veladas claridades,
de fuegos húmedos.
Están las hojas acercándose
cada día a mi boca.
Y yo me acerco a un río
que corre lentamente hacia una sombra
enamorada y plena.
Lo veo descender mientras respiro,
mientras oigo en silencio
su promesa fugaz, este murmullo
siempre desesperado,
y empiezo a preguntarme *cuánto*,
cuánto tiempo podré seguirle
todo, con la mirada,
hasta verlo llegar
por fin a alguna parte cada día,
para decir la primavera,
para decirla de verdad, entera, toda
la primavera muchas veces.
Desde el árbol la luz es un perfume
que llega hasta nosotros y nos dice
cómo seguir aquí.
Es un amor paciente: busca las hojas nuevas,
los frutos venideros.
Y es la aventura íntima del aire,

que al expandirse libre nos ofrece
un secreto espectáculo:
el vuelo silencioso, total, de los colores,
la huida verdadera.
En la línea de hogueras invisible
hay un agua muy dulce.
El sueño de la hierba ya no basta
para ver florecer
interminablemente la llanura
callada de la noche, y ahora descenderé
por el mismo camino,
sólo que los asfódelos brillarán mucho más,
serán mucho más blancos.
La luna de la primavera es fría
y el cielo es todavía el gran espejo
que queríamos ver
para mirarnos. Oigo a los alcaravanes
disputando su trozo
de tierra, con estrépito infernal,
ofreciendo a las flores
oscuras su ruido.

Y ahora oigo también,
a solas, muy adentro,
entre las telarañas perfectas de la noche,
en el bosque de siempre
—seguro y generoso hasta el final—,
cuando vuelvo por fin, las voces limpias

y dulces del camino:
huellas y voces me acompañan,
sombras alegres, nuevas, cuando vuelvo,
la música mejor que yo ya sé,
la primavera de verdad,
cuando vuelvo en silencio cada día,
después de haberla dicho muchas veces,
la primavera entera,
ahora también a oscuras, en secreto,
para mí..

Y a este volver del árbol,
a este bajar nocturno sin descanso,
yo ahora lo llamaría
sencillamente así: *volver*
un día más del árbol que está arriba.

EL PÁJARO

Eh, tú, pájaro de este lugar, sigue cantando o muéstranos para siempre el camino exacto y sin salida de nuestras quemaduras. ¿Cómo has podido hacer tu nido aquí, entre las ruinas blancas de nuestra vigilia y el mar envuelto en humo, indescifrable? Páramo de las palabras, donde el sol quema todos y cada uno de nuestros deseos –sí, donde yo al menos sé, ahora, que a veces cantas tú, *oh pájaro de la misericordia*.

ACTO DE FE

Si (por ejemplo) busco la manera de hablarles,
desde esta oscuridad, si me concentro
y canto *como* arrebatado, digo
que los muertos (de alguna forma) pueden oírme.

Veo, al salir de aquí, todos los árboles,
las cruces blancas de la carretera,
las huellas del pastor y las de los turistas,
pero no toco nada por ahora: lo dejo
todo en su sitio verdadero...

Asfódelos

y excrementos quemados por el sol
marcan este camino de nadie y sin salida,
el pedregal entero, interminable,
el territorio de mi soledad.

No toco nada por ahora, nunca,
pero doy vueltas y más vueltas, sin descanso,
como si caminar se hubiera convertido
en un acto de fe naturalmente...

Hay

(sin embargo) antiguas sombras en mis palabras,
árboles bajo los que puedo abrir aún
un poco más los ojos, o secarme el sudor
y hacer los sacrificios que yo sé.

Hasta que empieza a oler a sangre muy espesa
la claridad del día sin retorno.

HACIA OTRA CLARIDAD

Para empezar a ser, una vez más, esta mañana, *aquí*. (Sombras aún bajo este cielo posible, indiferente.) Árboles cada vez más amanecidos, donde el pájaro dice no solamente el sol, sino la luna a medio huir. Encaramarse para ir descubriendo, una vez más, para empezar a ver más claro. Bajar al mar. (Con toda la noche a cuestas: sombras aún hacia ninguna parte.) Inventar un camino. Por donde las adelfas, los gatos húmedos, las granadas resecas. Ah, cada huella será después humo de julio, ascua silenciosa a la espera, mapa del fin del mundo. Ver, saber ver entre los bancales dormidos. (Nada que no sepamos, pero todo lo que necesitábamos recordar.) Palpar entonces las raíces: ásperas y oscuras como presentimientos. Y más allá por fin la roca negra, con sus algas perpetuas, con sus espumas abrasadas. ¿Para ganar a nado la promesa de tanta claridad? Bajar al mar por el camino que aún no vemos.

(Inédito)

BIBLIOGRAFÍA DE VICENTE VALERO

OBRA POÉTICA

LIBROS

- Jardín de la noche*, Barcelona, El Serbal, 1986.
Herencia y fábula, Colec. Adonais, Madrid, Rialp, 1989
Teoría solar, Madrid, Visor, 1992. (Premio Fundación Loewe a la Joven Creación)
Vigilia en Cabo Sur, Barcelona, Tusquets, 1999.
Libro de los trazados, Barcelona, Tusquets, 2005.
Días del bosque, Madrid, Visor, 2008. (Premio Fundación Loewe)

PLAQUETTES Y EDICIONES DE ARTISTA:

- Herencia y fábula*, Ibiza, Sa Nostra, 1988.
Poemas, Palma, Sa Nostra - Universitat Illes Balears, Palma, 1994.
Para salir de aquí, Barcelona, Bauma, 1996.
En otra claridad, Madrid, Arte del siglo XX, 2005.
La subida, Cuenca, Ediciones Segundo Santos, 2005.

OBRA EN PROSA

- La poesía de Juan Ramón Jiménez*, Barcelona, Andros, 1988.
Experiencia y pobreza. Walter Benjamin en Ibiza, 1932-1933, Barcelona, Península, 2001. (Traducción fran-

cesa: Le Rouergue/Chambon, Rodez, 2003. Traducción alemana: Parthas Verlag, Berlin, 2008).
Viajeros contemporáneos, Valencia, Pre-textos, 2004.
Diario de un acercamiento, Valencia, Pre-textos, 2004.

EDICIONES

La estación total con las canciones de la nueva luz, de Juan Ramón Jiménez, Barcelona, Tusquets, 1994.
Paseo de aniversario y otros poemas, de Joan Vinyoli, Madrid, Calambur, 1997.
Cartas de la época de Ibiza, de Walter Benjamin, Valencia, Pre-textos, 2008.

INCLUIDO EN LAS ANTOLOGÍAS

La prueba del nueve, Madrid, Cátedra, 1993.
El hilo de la fábula. Una antología de poesía española actual, Granada, Campo de Plata, 1995.
Antología de poesía española (1975-1995), Madrid, Castalia didáctica, 1997.
Poesía espanhola de agora, Lisboa, Relógio d'Água, 1997.
Pasar la página. Poetas para el nuevo milenio, Diálogos de la lengua, Cuenca, Ediciones Olcades, 2000.
Poesía española reciente (1980-2000), Madrid, Cátedra, 2001.
La otra joven poesía española, Tarragona, Igitur, 2003.
Campo abierto. Antología del poema en prosa en España

- (1990-2005), DVD ediciones, 2005.
- Última poesía española (1990-2005)*, Madrid, Marenostrum, 2006.
- De Tuin der Muzen. Bloemlezing hedendaagse Spaanse poëzie*. Brussel, Instituto Cervantes, 2007.
- Poésie espagnole contemporaine*, Hainaut, Le Taillis Pré, 2007.
- Katu Kadulta Taivaaseen. Puoli vuosisataa espanjia runoutta*, Helsinki, Wsoy, 2008.
- Los círculos del aire. Antología de poesía española contemporánea del paisaje y la naturaleza*, Sevilla, Algaida, 2008.

SELECCIÓN CRÍTICA (POESÍA)

Sobre Jardín de la noche

- JOSÉ FERNÁNDEZ CAVIA, «Los símbolos de la isla», *Sur*, Málaga, 31-10-1987.
- JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO, «El poeta en su heredad», *Diario de avisos*, Tenerife, 23-4-1987.
- FERNANDO DEL CASTILLO, «La mirada y sus formas en el quehacer poético», *Diario de Tarragona*, 18-4-1987.

Sobre Herencia y fábula

- ANTONIO COLINAS, «Tarde de versos», *La Prensa de Ibiza*, 9-10-1989.
- JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO, «La contemplación», *Revista Anthropos*, nº 103, verano 1989.

Sobre *Teoría solar*

VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA, «Teoría solar», *ABC literario*, 27-10-1993.

SERGIO GASPAS, «Teoría solar», *Quimera*, nº 119, 1993.

JORDI GRÀCIA, «Teoría solar», *El periódico de Catalunya*, 23-3-1993

JOSÉ FCO. RUIZ CASANOVA, «A la medida del hombre», *El Observador*, Barcelona, 11-3-1993

ESPERANZA LÓPEZ PARADA, «Huellas», *Hélice*, verano-otoño 1993.

Sobre *Vigilia en Cabo Sur*

JUAN CARLOS SUÑÉN, «Ser lo que no se ve», *ABC Cultural*, 22-6-1999.

JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO, «Vigilia en Cabo Sur», *El Ciervo*, 1999.

ANTONIO LUCAS, «Pensamiento y realidad», *Esfera*, El Mundo, 4-9-1999.

GUADALUPE GRANDE, «Vigilia en Cabo Sur», *Reseña*, nº 306, Junio 1999.

ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN, «Soledad de las islas», *Hélice*, nº 13.

SILVIA RINS SALAZAR, «Vigilia en Cabo Sur», *Lateral*, julio-agosto, 1999.

Sobre *Libro de los trazados*

ÁNGEL PRIETO DE PAULA, «Lo esencial verdadero», *Babelia*, *El País*, 5-4-2005.

- FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO, «Libro de los trazados», *El Cultural, El Mundo*, 16-6-2005.
- J. A. MASOLIVER RÓDENAS, «Palabra pura y revelada», *Cultura(s), La Vanguardia*, 11-5-2005.
- LUIS GARCÍA JAMBRINA, «Poesía celebratoria», *Blanco y Negro Cultural, ABC*, 12-3-2005.
- NADAL SUAÚ, «Paisajismo del alma», *Bellver, Diario de Mallorca*, 8-4-2005
- CARLOS JAVIER MORALES, «Libro de los trazados», *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 659, mayo 2005.
- EDUARDO MOGA, «La fuerza de lo que no se ve», *Letras Libres*, mayo 2005.
- FRANCISCO RUIZ NOGUERA, «Naturaleza y conocimiento», *Sur*, Málaga, 29-4-2005.
- ÁNGEL LUIS LUJÁN, «El nombre exacto de las cosas», *ArtesHoy*, 5-7-2005.

Sobre *Días del bosque*

- A. SÁNEZ DE ZAITEGUI, «Días del bosque», *El Cultural, El Mundo* 13-3-2008.
- ÁNGEL PRIETO DE PAULA, «Días del bosque», *Babelia, El País*, 5-4-2008.
- LUIS GARCÍA JAMBRINA, «Un secreto diáfano», *ABC de las Artes y las Letras*, 5-4-2008.
- JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO, «Días del bosque», *El Ciervo*, mayo 2008.
- JORGE ORTEGA, «Sabiduría de lo verde», *Quimera*, nº 299, octubre 2008.

ÍNDICE

PÁG.

| | |
|--|----|
| Preludio para Vicente Valero (A. G.) | 5 |
| Prosa para evocar la ráfaga | 19 |
| Selección de poemas | 45 |
| La prueba | 47 |
| Una iniciación | 48 |
| Humo adentro | 52 |
| El árbol | 54 |
| Volver | 55 |
| Hojas del bosque | 56 |
| El encuentro | 58 |
| Taller de paisajistas | 59 |
| La espera más alta | 65 |
| Para salir de aquí | 66 |
| Oficio | 70 |
| Mi cuerpo y las agujas del espino | 72 |
| Azul hasta ayer mismo | 73 |
| Mis manos en este bosque | 75 |
| Travesía | 76 |
| Bañista | 77 |
| El aviador no es como el pájaro | 78 |
| Epitafio | 79 |
| Himno | 80 |
| La subida | 81 |

| | |
|--------------------------------------|-----|
| El pájaro | 96 |
| Acto de fe | 97 |
| Hacia otra claridad | 99 |
| | |
| Bibliografía de Vicente Valero | 101 |
| Obra poética | 101 |
| Obra en prosa | 101 |
| Ediciones | 102 |
| Incluido en las antologías | 102 |
| Selección crítica | 103 |

Creada en 1955 por el financiero español Juan March Ordinas, la Fundación Juan March es una institución familiar, patrimonial y operativa, que desarrolla sus actividades en el campo de la cultura humanística y científica. Organiza exposiciones de arte, conciertos musicales y ciclos de conferencias y seminarios. En su sede en Madrid, tiene abierta una biblioteca de música y teatro. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu d'Art Espanyol Contemporani, de Palma de Mallorca. A través del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, promueve la docencia y la investigación especializada y la cooperación entre científicos españoles y extranjeros.

PYP

[23]



Fundación Juan March